

## Lo que enseñaban los Padres de la Iglesia sobre los altares

*R.P. Roberto Spataro, S.D. .B.<sup>1</sup>*

Reverendísimos Padres, muy estimadas Damas, muy ilustres Caballeros,

Me dirijo a ustedes con gran alegría, aunque, con cierto temor afectuoso, hablo ante personas de tal calibre, para decir unas palabras sobre el tema que nos ocupa en esta asamblea, a la luz de la patrología. En otras palabras, les propondré algunos puntos extraídos de los escritos de los Padres que pueden sernos de utilidad, para que podamos profundizar en las razones que explican la fuerza y la importancia del altar —o, mejor dicho, de los altares— entre esos venerables maestros.

1. En primer lugar, debemos señalar lo siguiente: el latín cristiano, y en particular el latín litúrgico, abandonó un término y eligió el otro. La razón de ello se comprende más fácilmente: pues la palabra «ara» parecía demasiado estrechamente asociada a los ritos de los paganos. Las palabras «altare» o «altaria», sin embargo, eran utilizadas con menos frecuencia por los antiguos, de modo que este término resultaba adecuado para expresar las nuevas cosas sagradas de los cristianos. Los eruditos que, a finales del siglo IX, se dedicaron a rastrear la lengua latina cristiana, han demostrado con argumentos ciertos y, de hecho, abundantes, que los cristianos que escribían sobre asuntos sagrados estaban muy interesados en distinguir su vocabulario del utilizado por los escritores paganos. De ahí podemos entender lo que sentían los Padres: que el culto cristiano es peculiar y no debe asemejarse a otros cultos; es decir, los sacramentos mediante los cuales los cristianos rinden culto deben mantenerse y protegerse de cualquier forma de sincretismo.
2. Si se investiga entonces la razón etimológica, se puede estar de acuerdo con los estudiosos que asocian la palabra *\*altare\** con el verbo «quemar», es decir, quemar con fuego las víctimas destinadas a los cielos. Esto lo confirman los testimonios ya aportados por autores paganos, como Lucrecio, Virgilio, Tácito y otros. Los cristianos, por lo tanto, al haber adoptado la palabra «altar» en lugar de «ara», reconocieron que se trata de un lugar sagrado donde el sacrificio se consuma mediante el fuego del Espíritu Santo, enviado desde el Cielo, para que puedan ofrecerse las especies eucarísticas, consagradas como la carne y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Para comprender esto, conviene leer a Juan Crisóstomo, quien escribe en su obra titulada *«Sobre el sacerdocio»*.

Porque el sacerdote no lleva un fuego, sino que derrama oraciones durante largo tiempo, no para que una antorcha, encendida desde el cielo, consuma, sino para que la gracia, descendiendo sobre el sacrificio, lo haga brillar más espléndidamente, como la plata purificada por el fuego. ¿Quién, pues, a menos que estuviera completamente loco o poseído, podría despreciar este misterio tan terrible? (Libro III)

La doctrina más cierta sobre la Santa Misa es ilustrada por los Padres: se ofrece un sacrificio sobre los altares, y la Misa no puede entenderse, como dicen algunos, de la misma manera que un banquete para hermanos o amigos.

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el XII Coloquio CIEL celebrado en Roma el 20 de febrero de 2023.

Por lo tanto, Crisóstomo aconseja que los cristianos rodeen los altares con reverencia y un corazón agradecido, pues, en razón del sacrificio que en ellos se realiza, deben ser considerados siempre venerables y siempre dignos de veneración. Además, del testimonio de Crisóstomo aprendemos que los ministros sagrados, en particular, cumplen su oficio ante los altares, y que su vida mística se nutre de la proximidad a los altares, que deben considerarse los lugares principales del sacerdocio cristiano.

3. La misma imagen del fuego, que está relacionada con los ritos sagrados celebrados en el altar, ya se encuentra en Orígenes de Alejandría. Este, al comentar el libro de Levítico con admirable y singular elocuencia, dice que del altar del Señor brota un fuego que purifica a los pecadores, como relatan repetidamente las Sagradas Escrituras. Leemos, pues, en los comentarios de Orígenes:

«Y tomará», dice, «una cesta llena de carbones». No todos son purificados por ese fuego, que se toma «del altar». Aarón es purificado por ese fuego, e Isaías, y aquellos que son como ellos; pero nosotros los demás, que no somos así —entre los cuales me incluyo—, seremos purificados por otro fuego; me temo que es por aquel del que está escrito: «un río de fuego corría delante de él». Ese «fuego» no es «del altar». Lo que es «del altar» es el fuego, el fuego del Señor; [...] A Isaías, sin embargo, no se le trae su propio fuego, sino el fuego del altar, que «purificará sus labios», y a él, de quien se dice: «y tomará un carbón encendido con tenazas del altar, que está delante del Señor, y llenará sus manos de incienso de olíbano finamente molido». Lo cual nuestro Señor cumplió de hecho más plenamente. Pues Él «llenó sus manos de incienso fino», del cual está escrito: «que mi oración se eleve como incienso ante tus ojos». Por lo tanto, «llenó sus manos» de obras santas, que realizó por el género humano. ¿Por qué, entonces, se llama «el incienso de la composición»? Porque no es un solo tipo de obra, sino que se compone de justicia y piedad, de continencia, de prudencia y de todas esas virtudes que agradan a Dios (*Hom. Lev. IX, 8*).

Del comentario de Orígenes se desprenden varias observaciones. En primer lugar, las Sagradas Escrituras parecen ser las fuentes principales para comprender el significado de los altares, y la liturgia y las Escrituras no pueden separarse unas de otras. Además, en la alegoría de Orígenes, el fuego debe interpretarse más a menudo como la gracia divina increada, es decir, el Espíritu Santo mismo, y no como la creada, que son sus dones y operaciones en las almas de los fieles. En otras palabras, de los altares del Señor se genera la obra de santificación para la humanidad. Por último, los altares se asocian con el incienso y sus dulces aromas. El incienso no es solo una figura de la oración pura, como recita el salmista, sino también, según Orígenes, un símbolo de las múltiples virtudes que significan los elementos de los que se derivan los aromáticos sagrados. Por lo tanto, los altares se convierten, de acuerdo con esta secuencia de la lectura, en un lugar desde el que una virtud sagrada abraza las almas de quienes rodean los altares, con el fin de componer la moral más honorable. Lo que he llamado altares, según Orígenes, moldea las mentes hacia una vida virtuosa e instruye en lo mejor para la humanidad, de modo que ante los altares se forman las ofrendas de la vida de los fieles, sumamente agradables a Dios. Tampoco debemos pasar por alto que Orígenes propuso una interpretación sumamente cristológica, en consonancia con lo que se denomina el cristocentrismo de los Padres. Los altares son siempre un signo visible

de Cristo presente en la celebración de los sacramentos y en la ofrenda de la Misa. Por lo tanto, se debe mostrar la debida reverencia.

4. También Agustín nos enseña algunas cosas sobre los altares. Para quienes leen detenidamente las cartas del obispo de Hipona, conviene relatar lo que dijo sobre la unidad de la Iglesia, que se simboliza en el pueblo fiel que se reúne en torno al mismo altar. Sin embargo, con cierta tristeza, el Doctor de la Gracia advierte a los fieles que no sean discordantes en sus asuntos cotidianos, para luego separarse en los ritos sagrados, buscando cada uno altares diferentes.

Se abandona la unidad, de modo que el marido vaya por aquí y la mujer por allá: que él diga: «Mantén tu unidad conmigo, pues yo soy tu marido»; que ella responda: «Moriré donde está mi padre»: de modo que en un mismo lecho dividan a Cristo, a quien detestamos si dividen el lecho. Se abandona la unidad, de modo que parientes, los ciudadanos, los amigos, los huéspedes y cuantos están unidos entre sí por lazos humanos, tanto cristianos, al participar en banquetes, al celebrar y contraer matrimonios, al comprar y vender, en pactos y acuerdos, en saludos, en consentimientos, en conversaciones, en todos sus asuntos y tratos estén de acuerdo, pero ante el altar de Dios estén en discordia. Porque aquellos que, por mucho que se haya concebido de otro modo, deberían poner fin a su discordia allí, y según el precepto del Señor, reconciliarse primero con sus hermanos y luego ofrecer el don del altar, están de acuerdo en otros lugares, pero en desacuerdo allí (108, 20).

Si profundizamos en el asunto que Agustín aborda en esta carta, sin duda encontraremos que condenaba la práctica de los donatistas quienes, envanecidos por cierto orgullo, estaban desgarrando la comunión en la Iglesia hasta tal punto que la propia mesa eucarística se veía profanada por los signos indignos de una división indigna. En otras palabras, para Agustín, el movimiento procede de la doctrina correcta sobre los mismos sacramentos, que dirige a los fieles al mismo altar, y la regla de la fe no puede separarse de la regla de la oración, para que la regla de la vida cristiana pueda observarse con mayor fidelidad y diligencia. Si comentamos más a fondo el pensamiento de Agustín, en esta Epístola CVIII, encontraremos las semillas de aquella doctrina que más recientemente se denomina eclesiología eucarística: la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia, cuya íntima comunión es fomentada y promovida por el mismo altar.

5. Pasemos finalmente a León Magno, Papa de Roma. Entre los Padres de la Iglesia, nadie ha ilustrado la naturaleza jerárquica de la Iglesia más o mejor que este Obispo, ni, entre los latinos, nadie ha expuesto el sacerdocio bautismal y su dignidad. Por lo tanto, los ministros sagrados, en el cumplimiento de su propio oficio, ministran en los altares visibles, mientras que los fieles ofrecen en los altares invisibles de sus corazones sacrificios de conciencia pura. Uno ayuda al otro. Esos son los mediadores para los fieles laicos de la Gracia que brota de los altares; estos, con sus oraciones que manan de la integridad y la honestidad, sostienen el ministerio de los sacerdotes. Por esta razón, en palabras de León Magno, el altar aparece como el lugar más sagrado hacia el que se dirigen las mentes de todos.

Escuchemos, pues, la palabra elocuente y de gran peso de León Magno, que se lee en sus Sermones.

Pues la señal de la cruz hace reyes a todos los que son regenerados en Cristo, y la unción del Espíritu Santo consagra a los sacerdotes: de modo que, aparte de este servicio especial de nuestro ministerio, todos los cristianos espirituales y racionales puedan reconocer que son de la estirpe real y partícipes del oficio sacerdotal. ¿Qué hay más real que el hecho de que un súbdito de Dios sea el gobernante de su propio cuerpo? ¿Y qué hay más sacerdotal que prometer al Señor una conciencia pura y ofrecer sacrificios inmaculados de piedad desde el altar del corazón? (*Serm. 4*)

¡Qué hermosa es esa última expresión: el altar del corazón! Si el alma es vivificada por la Gracia divina que brota de los altares, ella misma se convierte en altar: esta es la participación genuina y activa en los sacramentos que se recomienda.

Dicho esto, concluyo la pequeña oración en resumen con unas pocas frases.

1. Los Padres de la Iglesia proponen ciertos principios para elucidar la teología de los altares, que puede definirse como mística: toda la vida de los cristianos, y especialmente la de los ministros sagrados, se nutre de los altares.
2. Si se malinterpreta la doctrina relativa al altar, todo el edificio litúrgico se derrumbará, y los cánones no bastarán para celebrar debidamente los ritos sagrados.
3. La Sagrada Escritura se ofrece a los fieles a través de la lectura de los Padres, de modo que si alguien desea investigar el tema de los altares, debe, como es debido, recurrir a pasajes de la Sagrada Escritura y no debe omitir en modo alguno referirse correctamente a las opiniones y palabras de los Padres. He hablado.